

## La novela "San Manuel Bueno, mártir" de Unamuno y la "Leyenda del Gran Inquisidor" de Dostoyevski

Kiril Korkonosenko  
Universidad Estatal de San Petersburgo

El tema de las semejanzas y diferencias entre los personajes de Don Manuel y el Gran Inquisidor, esos dos sacerdotes ateos que embaucan a sus feligreses en nombre de Cristo, ha atraído la atención de muchos estudiosos de la literatura comparada<sup>1</sup>. Este se plantea cada vez que en un artículo literario se trata del parecido de las concepciones del mundo de Unamuno y Dostoyevski. En esta última cuestión se estudian, indefectiblemente, los dos breves ensayos de Unamuno dedicados a Dostoyevski. Intentaremos, a continuación, comprender las razones de esa unanimidad a la hora de tender paralelismos y afinidades.

El estudioso ruso V.Bagnó afirma que las semejanzas entre la «Leyenda del Gran Inquisidor» y la novela de Unamuno no se hallan en la trama, sino que revisten carácter ideológico y filosófico y son resultado de la intención de Unamuno de contraponer su opinión acerca de la naturaleza humana a la de Dostoyevski<sup>2</sup>. Sin embargo parece que para discernir tras la figura serena y simpática del cura aldeano la sombra siniestra del cardenal nonagenario no hay que partir de la problemática ideológica y filosófica de la novela, sino de la afinidad esencial de la «trama-situación» (según el término sugerido por L.Pinski).

El personaje metafórico del Gran Inquisidor, que surge en la segunda mitad del siglo XIX, no se ha convertido en una «metáfora universal», aunque, incorporada a la tradición literaria, se rige por las mismas leyes y es capaz de generar interpretaciones nuevas. El personaje de Don Manuel es, a su vez, un punto de intersección de una serie de metáforas o imágenes bíblicas y literarias; el texto de la novela unamuniana está densamente impregnado de citas directas e indirectas, lo que permite interpretaciones muy diversas de los personajes del párroco y sus feligreses. Entre las personas y sucesos con relación a los cuales existe una alusión directa podemos nombrar a Don Quijote y Segismundo, Josué y Moisés, Santa Teresa y Carlos Marx, la resurrección de Lázaro, la transformación de agua en vino, la pasión de la Cruz, etc.

A.L.Crone, investigadora norteamericana, formula de la siguiente manera la afinidad entre las obras de Dostoyevski y Unamuno:

The most obvious parallel between the «Legend of the Grand Inquisitor» and «San Manuel Bueno, mártir» is that there are two representatives of Church authority, both in Spain, who are suffering because they carry with them throughout life a secret presumably

---

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo Godoy, G.J., "Dos mártires de la fe, según Dostoyevski y Unamuno" // *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, t.XX, Salamanca, 1970, págs. 30-40; Lavoie C.-A. "Dostoyevski et Unamuno" // *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, t.XXIII, Salamanca, 1973, págs.221-228; Эджертон В. Достоевский и Унамуно // *Сравнительное изучение литератур*. Л., 1976, с.189-195; Mermall,T., "Unamuno and Dostoevsky's Grand Inquisitor" // *Hispania*, v.61, N4, 1978, págs. 851-859; Crone A.L. Unamuno and Dostoevsky: some thoughts on atheistic humanitarianism // *Hispanofilia*, N° 64, 1978, págs. 43-60; Тертерян И.А.Испытание историей. - М., 1973, с.185-187, *Человек мифотворящий*. - М., 1988, с.120-122; Бажно В.Е. *Эмилия Пардо Басан и русская литература в Испании*. Л., 1982, с.124-126.

<sup>2</sup> Bagnó, V., op. cit., pág.125.

unbearable to anyone with conscience in their position - namely, they do not believe in the teachings of the Church, the everlasting life, or for that matter in the Christian sense, in God. San Manuel Bueno is designated «*mártir*»; the Inquisitor is called a sufferer tormented («*stradalec*», «*muchimyi*») which calls to mind the Russian word for martyr - «*muchenik*»<sup>3</sup>.

Siendo ambos víctimas de su propio engaño, no niegan el poder que se deriva de la fe de su gente - la fe en Dios y en ellos - para llevar su rebaño por los caminos que ellos consideran óptimos. Ambos sacerdotes obran de tal manera por estar seguros de que los hombres ordinarios no soportarían la verdad que saben ellos, ambos están movidos por la compasión hacia su pueblo.

Dichos rasgos de afinidad se notan a primera vista y hacen pensar que Unamuno recurrió a la metáfora del Gran Inquisidor, el sacerdote ateo martirizado por su engaño, para plantear cuestiones que le inquietaban en su tiempo y en sus circunstancias. Existen entre las dos obras otros paralelismos, menos evidentes, que, localizables en el nivel de la trama, hacen reflexionar sobre la semejanza y diferencia de la problemática filosófica de las dos novelas. Fijémonos en algunos de ellos.

Tanto el Gran Inquisidor como Don Manuel podrían haber tomado otros caminos, más naturales, caminos que no implicarían las graves tormentas morales que tuvieron que sufrir. Así, el Gran Inquisidor le dice a Cristo:

Has de saber que yo también estuve en el desierto y me sustenté de saltamontes y raíces; que también yo bendije la libertad que Tú habías concedido a los hombres y me apercibí a ser del número de tus elegidos, del número de los fuertes y poderosos, ávidos de completar el número. Pero recapacité y no quise servir a un absurdo. Me volví atrás y me incorporé a la muchedumbre de aquellos que han corregido tu obra<sup>4</sup>.

Don Manuel tenía abierto ante sí un camino que podría haberle llevado a la misma posición social del Gran Inquisidor:

Decíase /... / que en el Seminario se había distinguido por su agudeza mental y su talento y que había rechazado ofertas de brillante carrera eclesiástica porque él no quería ser sino de su Valverde de Lucerna<sup>5</sup>.

Las aparentemente opuestas decisiones de los dos sacerdotes (la carrera eclesiástica y luego su renuncia a la misma) están en realidad determinadas por motivos internos análogos, es decir, por el deseo de servir a su pueblo; la diferencia consiste en que Don Manuel piensa en el pueblo de su aldea, mientras el cardenal sueña con el bien de la Humanidad. Nos parece injusto que se vincule la decisión del Gran Inquisidor a la sed de poder; Dostoyevski no escribe en ninguna parte que la ambición del cardenal sea el motivo de su conducta, al contrario, más de una vez se subraya el fardo que para él representa el poder ilimitado.

---

<sup>3</sup> Crone A.L., op. cit., pág. 46.

<sup>4</sup> F.Dostoyevski, *Los hermanos Karamázov*, t.1.La Habana, 1976, pág. 340. Trad. R.Cansinos Assens. En adelante todas las citas de la «Leyenda» serán de esta edición.

<sup>5</sup> M. de Unamuno, *San Manuel Bueno, mártir*, Madrid, 1990, pág.112. En adelante todas las citas de «San Manuel Bueno» serán de esta edición

Don Manuel no quiso aceptar la vida de ermitaño, camino que abandonó también el personaje de Dostoyevski. El personaje de Unamuno no se hizo monje, y explicando su decisión a Ángela repite exactamente la idea del Gran Inquisidor:

Yo no puedo perder a mi pueblo para ganarme el alma.  
(pág.126)

Y a continuación, Don Manuel pronuncia unas palabras muy importantes desde el punto de vista de la comparación de las dos obras:

Yo no podría soportar las tentaciones del desierto. Yo no podría llevar solo la cruz del nacimiento (pág.127).

¿De qué tentaciones del desierto se trata? No puede ser otra cosa que las tres cuestiones con las que «el terrible e inteligente espíritu» tentó a Cristo en el desierto. Las tentaciones, rechazadas por Cristo, aceptadas por la Iglesia en la persona del Gran Inquisidor, son planteadas con la misma implacabilidad ante el modesto cura aldeano. No puede evitarlas permaneciendo en su aldea natal, que se convierte en monasterio para Don Manuel.

El Gran Inquisidor desvela a Cristo su terrible secreto:

Nosotros no estamos contigo sino con Él, ya va para ocho siglos (pág.336)..

El caso de Don Manuel es más complicado. Para Ángela Carballino existen dos Cristos,

El de esta tierra y el de esta aldea (pág.154).

Todo el texto de la novela está penetrado de paralelos entre las vidas de Cristo y Don Manuel, toda la vida del cura visible a los aldeanos es como una «imitatio Christi», y los primeros capítulos de la novela fueron escritos como una hagiografía del santo local de Valverde de Lucerna. Pero al aplicar a su actitud devota la fórmula terrible y sabia del Gran Inquisidor habrá que confesar que el poder de Don Manuel sobre sus feligreses se basa en esos mismos tres fundamentos: el milagro, el secreto y la autoridad.

Los habitantes de Valverde de Lucerna creen sinceramente que su párroco puede obrar milagros; al igual que Cristo en la piscina probática de Bethesda, Don Manuel cura con el agua del lago

...a las pobres mujerucas y no pocos hombrecillos que se creen poseídos, endemoniados, y que parece no son sino histéricos y a las veces epilépticos... (pág.113)

Esta precisión de Ángela cuestiona la capacidad taumatúrgica del párroco y, al igual que en otros lugares de la novela, la afirmación de la santidad de Don Manuel se traslada, a través de Ángela, al campo de los pareceres y las suposiciones.

Otro de los episodios se fundamenta en este mismo equilibrio entre lo posible y lo imposible:

Alguna vez llegó una madre pidiéndole que hiciese un milagro en su hijo, a lo que contestó sonriendo tristemente: No tengo licencia del señor obispo para hacer milagros (pág.114).

Además, parece que Don Manuel posee el don de la clarividencia: sus acciones inesperadas posteriormente resultan ser beneficiosas para todos; más de una vez surge en el texto la opinión que su apariencia y voz son milagrosas.

Resulta, pues, que en opinión de sus compatriotas Don Manuel es capaz de obrar milagros, aunque el lector ve que sus milagros pueden ser explicados sin la participación de fuerzas sobrenaturales. A la misma situación -el milagro existente sólo en la mente de los creyentes - se refiere el Gran Inquisidor cuando habla de la conversión de piedras en pan que hará la Iglesia:

Al recibir de nosotros el pan habrán de ver harto claro que nosotros les damos el mismo pan que ellos con sus manos amasaron; verán que se lo repartimos, sin nada de milagro; verán que no convertimos las piedras en pan, pero, en realidad, más que el pan mismo, estimarán recibirlo de nuestras manos (pág.338).

Don Manuel posee un secreto, secreto que sólo desvela a los hermanos Carballino, pero que es percibido como secreto por todos los feligreses.

Lázaro se entera del secreto de labios del mismo Don Manuel:

¿Por qué me la deja entrever /la verdad/ ahora aquí, como en confesión? -

Porque si no, me atormentaría tanto, tanto, que acabaría gritándola en medio de la plaza, y eso jamás, jamás, jamás (pág.142).

El Gran Inquisidor también se dirige a hablar con Cristo como obedeciendo a una necesidad intolerable de compartir su secreto con alguien que lo pueda comprender:

Aquí lo principal es únicamente poner de manifiesto al anciano, que, por fin, a los noventa años se desborda y dice lo que noventa años tuvo callado (pág.328).

Ángela llega a conocer el secreto del párroco poco a poco, por diversas fuentes. Al final, Lázaro le confiesa:

...a ti no puedo, no debo callártela /la verdad/ y porque, además, habrías de adivinarla y a medias, que es lo peor, más tarde o más temprano (pág.140).

Hacia el final de la novela Ángela, el «ángel de la guarda» de Don Manuel, llega a saber más que el mismo párroco. Este rasgo es comparable a la omnisciencia de Cristo de la «Leyenda»:

Cuanto me atrevo a decirte, todo lo sabes Tú ya; leo en tus ojos (pág.336).

El pueblo de Valverde de Lucerna no conoce el terrible secreto de Don Manuel, pero para todos la figura del párroco oculta un misterio, todos esperan de él acciones extraordinarias y en esta espera los aldeanos muestran una unanimidad en la que se borran sus rasgos individuales.

La diferencia entre el Gran Inquisidor y Don Manuel estriba en la naturaleza de su autoridad: el primero obra por someter a la Iglesia la vida entera de sus feligreses; el segundo sólo les niega la libertad espiritual. Al mismo tiempo Don Manuel necesita a su pueblo para poder vivir, para no suicidarse. El carácter espiritual, no secular de su poder sobre los aldeanos fue lo primero que sorprendió al recién llegado progresista Lázaro:

No, no es como los otros - decía, - es un santo (pág.134).

El Gran Inquisidor en el poema de Iván Karamázov habla en nombre de una federación secreta de la «gente lista» que rige al resto de la humanidad. Aliosha, empero, no admite la existencia de esta «federación secreta», y el mismo Iván consiente en que bastaría

...ese maldito anciano, tan amante a su modo de la humanidad» para que sobreviniese la tragedia (pág.342).

Parece imposible, inimaginable, una conversación entre el Gran Inquisidor y alguno de sus partidarios. El cardenal sólo puede existir en la soledad.

En la breve descripción de la aparición del cardenal en la plaza se subraya el motivo de su distanciamiento de todo el mundo, de la ausencia de cualquier contacto con la gente: sus ayudantes, siervos y guardia le siguen a *cierta distancia*; él se detiene *ante* el gentío y observa *desde lejos*; la muchedumbre se postra en tierra ante él, alto y tieso, aumentando aun más la distancia. La completa soledad del Gran Inquisidor se afirma una vez más (el Inquisidor viene al calabozo):

Viene solo; la puerta se cierra en el acto detrás de él (pág.327).

La soledad de Don Manuel es, definitivamente, de otro carácter. El coro que encabezaba era una sola voz,

fundidas todas en una y haciendo como una montaña, cuya cumbre, perdida a las veces en nubes, era Don Manuel (pág.118).

Está solo en estas alturas, pero para subir allí necesita contacto estrecho con su gente, su apoyo y asistencia.

El Gran Inquisidor habla de nombre de muchos, pero su figura - en oscuridad, con un farolillo - es un emblema de completísima soledad. La situación de Don Manuel es adversa: su proeza se representa como singular, por otra parte halla su continuación en los hermanos Carballino, con los cuales el párroco puede compartir su secreto y la carga de su responsabilidad.

Los autores de los trabajos comparativistas que conocemos no prestan debida atención al final del poema de Iván, separado del texto esencial por la conversación entre los dos hermanos: el Preso besa al Inquisidor y éste le suelta de la cárcel

aquel beso le quema el corazón, pero sigue aferrado a su anterior idea (pág.343).

También han pasado desapercibidas las dudas y esperanzas de Ángela al final de la novela de Unamuno:

Y es que creía y creo que Dios Nuestro Señor, por no sé qué sagrados y no escudriñados designios, les hizo creerse incrédulos (a Don Manuel y Lázaro). Y que acaso en el acabamiento de su tránsito se les cayó la venda. ¿Y yo, creo? (págs.167-168).

Con lo cual no se toma en consideración una de las principales características de las poéticas de Dostoyevski y Unamuno, como son el carácter "abierto" de sus obras, la insolubilidad de las cuestiones filosóficas en ellas expuestas. Además, no hay que olvidar que ambas obras son textos literarios, no filosóficos, y por eso la cuestión de la correspondencia de creencias de Dostoyevski y Unamuno a las de sus personajes es muy complicada, por lo menos el ateísmo de dos sacerdotes no debe ser considerado como la «última palabra» de sus autores.

Indudablemente, Sánchez Barbudo tiene razón al afirmar que en «San Manuel Bueno»  
...hay más de una frase que se aplica mucho mejor a  
Unamuno que al párroco...<sup>6</sup>

Pero muchas frases que suenan al unísono de la filosofía unamuniana y divergen de la doctrina del párroco pertenecen a Ángela, y en el epílogo de la novela suena la voz del autor, que comenta e interpreta algunos episodios de las memorias de Ángela y afirma:

Creo en la realidad de San Manuel Bueno mártir más que creía el mismo santo; creo en ella más que creo en mi propia realidad (pág.170).

El sistema de narración de la novela de Unamuno tiene, entonces, dos niveles, al igual que la «Leyenda del Gran Inquisidor»: la vida de San Manuel está escrita por Ángela Carballino; la «Leyenda» es un poema no escrito de Iván Karamázov. Estas dos obras no permiten comparar exhaustivamente las concepciones del mundo de los dos escritores, siendo sólo posible constatar las cuestiones que inquietaban a ambos, a saber, la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, la libertad interna, el amor al prójimo y observar que las vías de su resolución artística - conseguida a través de la percepción de un cura ateo - eran parecidas. Un estudio que podría ser interesante, y a nuestro juicio, nuevo, sería el buscar los puntos de semejanza entre «San Manuel Bueno, mártir» y «Los hermanos Karamázov» en conjunto, puesto que la «Leyenda» es sólo una parte de ésta última obra, relacionada orgánicamente con el conjunto de la novela.

Para concluir, no deseando sobrepasar los límites de nuestra comunicación, apuntaremos sólo los posibles temas de comparación. En más de una ocasión surge en la novela rusa la conjetura de que las personas más devotas en el fondo son incrédulas. Son alusiones perceptibles con relación a Aliosha y hasta al *stárets* Zosima, siendo el Gran Inquisidor la personificación absoluta de esta idea. Por otra parte, la vida y la doctrina de Zosima tienen mucho en común con la «imitatio Christi» de Don Manuel - por ejemplo, en el aspecto del amor activo al prójimo. La conversión de Lázaro se parece a la de Marquel, hermano de Zosima, - ambos, educados como progresistas, pero «buenos por ser inteligentes», empiezan por cumplir los deseos de sus madres y, observando las formalidades religiosas, llegan a la transformación completa de su vida interior. Estos y otros temas deberían ser estudiados con mayor detalle.

---

<sup>6</sup> Sánchez Barbudo A., *Estudios sobre Unamuno y Machado*, Madrid, 1959, pág.155.